

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



ALELUYAS DE UN MAMÍFERO

En la ciudad de Toledo
nació mamándose el dedo.
Mamó tres años y un mes.
Muchos dirán: ¡Mamar es!
Por esa misma razón
le llamaban el mamón
Creció y, como no estudiaba,
más de un lapso se mamaba.
A los veinte años cabales
se mamó dos credenciales.
Y como era poco noble
mamar por partida doble,
cada vez que iba á cobrar
decíanle: —¡Eso es mamar!
Y él contestaba: —Yo al amo
le mimo, y por eso mamo.
Llegó á viejo, y el bibrón
mamaba con biberón.
Y un día le vi espíchar
harto de tanto mamar.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		FUNDADOR	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas. » trimestre..... 2,50 » » año..... 10 »		EN PROVINCIAS:	Un trimestre..... 3 pesetas. » semestre..... 6 » » año..... 12 » EXTRANJERO... » año..... 15 »
		EDUARDO SOJO		

11 DE FEBRERO

Dignamente no podemos ya los republicanos conmemorar esta fecha.

Hagamos sólo constar que llevamos vientosis años de restauración.

¡Veintiséis años!

EL INDULTO

El indulto no ha satisfecho á nadie. Los indultados lo han recibido con lágrimas á la vez de gozo y de pena: con lágrimas de gozo, sabiendo que van á salir de los infiernos en que gimen; con lágrimas de pena, sabiendo que se los arroja del suelo de la patria. ¿Adónde iremos?, preguntan.

Ni lo saben ni pueden saberlo. Valdrá poco que indiquen la nación en que deseen llenar el resto de su vida: faltará que aquella nación quiera recibirlos. El Gobierno, ansioso, á lo que parece, de seguir en todo los errores y las crueldades de Cánovas, la preguntará antes si puede ó no enviárselos.

¡Qué vergüenza! Se reirán de la pregunta ministros como los de Inglaterra. Inglaterra contestará como contestó un día á Cánovas: nuestras costas están abiertas para todos los ciudadanos del mundo. Al poner el pie en nuestro territorio, de nadie inquietamos ni las ideas ni los pasados yerros. Interin no venga una demanda de interdicción, aquí todos viven seguros y libres. No la suspicacia, sino el crimen nos mueve á castigarlos.

Hasta en llevarlos al Africa ha pensado, según se dice, el Gobierno. Si es verdad, también en esto siguen la malaventurada conducta de Cánovas. Quiso Cánovas llevar á Río de Oro, después de concluido el proceso de la calle de los Cambios, á los que resultaron inocentes y á los que llevaban meses de cárcel sin que se les hubiese ni siquiera indicado el motivo.

Ni qué razón hay para que el indulto no alcance á todos los anarquistas? Allá en el mes de Enero del año 1892, recordarán nuestros lectores que invadieron las calles de Jerez unos labriegos armados de escopetas, hachas y hoces, dando vitores á la anarquía y empeñándose en sacar de la cárcel á sesenta compañeros suyos que dos días antes habían sido sin causa presos. No saquearon casa alguna, ni usaron bombas de dinamita. En medio del tumulto hubo un asesinato; pero no colectivo.

Con inusitada rapidez se siguió la causa contra los rebeldes ante un consejo de guerra. No había transcurrido un mes, cuando murieron cuatro en el patíbulo y fueron muchos á cumplir en presidio largas y diversas penas. Los hay todavía presos por aquella causa. ¿Qué puede justificar que no se los indulte á la par de los anarquistas de Barcelona? ¿Fue más grave su crimen? ¿No lo han expiado aún con ocho años de presidio? ¿Es más segura su delincuencia, cuando se los juzgó atropelladamente entre los centenares de hombres que tomaron parte en la refriega? ¿No hubo también entonces el propósito de aterrorizar á los anarquistas por la rapidez del castigo? ¿No se siguió, más bien que los preceptos de la justicia, la sacrilega teoría de que conviene que uno padezca por la salud de todos?

Ni quiénes eran los rebeldes? Exasperados obraban por la injusta prisión de sus correligionarios, por la insuficiencia de sus jornales y por la misera existencia que llevaban cuando vivían en el fausto sus señores. No eran los campesinos de Jerez los primeros que en Andalucía se alzaban contra el orden social de que son víctimas. Apenas ha habido allí revolución sin análogos protestas; protestas promovidas por usurpaciones territoriales que no ha podido corregir con sus fallos ni aun el Supremo Tribunal de Justicia.

Fué lo de Jerez una algarada, hija de antiguos sufi-

mientos, á la que dio origen el espíritu de compañerismo. Si razón hay para haber indultado á los anarquistas de Cataluña, no la hay menos para hacer otro tanto con los de Andalucía. No hay justicia donde no hay igualdad para el castigo y la gracia. ¿Querrá ser justo el Gobierno?

F. PI Y MARGALL.

QUEPIS Y TEJAS

El señor Polavieja ha reemplazado el ros por una teja, y así los oficiales parecemos soldados parroquiales. El arzobispo Cos también se inclina á que lleven los curas leopoldina, y así de esta manera tendremos un ejército cristiano y un clero diocesano que usará balandrán y cartuchera. ¡Oh tiempos asombrosos de progresos capciosos! Castelar, en su tumba se revuelve, y dice que está si vuelve ó si no vuelve. Pero M. Pidal, que en santo celo, tiene ascensor para subir al cielo y hablar con el conserje aquel del gallo (pariente de Liniers, su fiel vasallo), tomó ayer con San Pedro chocolate y le pidió que á Castelar no trate con rigor excesivo y que le guarde allí, bajo recibo; porque ya libre España del Proteo, que hizo suñda guerra á tanto neo, entra el Gobierno en posesión dichosa de la pública cosa. Los soldados con teja; los curas con chascas sobre la oreja, y el general, con plácida sonrisa, tomando notas y ayudando á misa!

REFORMA URGENTE

No han sido tan estériles como pudieran parecerlo á primera vista, los debates relativos á las responsabilidades por el gran desastre nacional. De ellos se deduce, como consecuencia lógica, la necesidad y urgencia de una reforma radical. Hay que suprimir la Dirección de Penales. Hay que abrir las puertas de las cárceles y presidios y dar suelta á todos sus huéspedes. Es preciso abolir para lo sucesivo el Código penal.

Las razones de esta medida han sido alegadas en el Parlamento y figuran en el *Diario de Sesiones*. Despojada, deshonrada, agonizante, yace la madre España á las puertas del espolidor de las nacionalidades difuntas. ¿Quién tal hizo? ¿Dónde está el autor de tan horrendo crimen? ¿Es posible que quede impune semejante parricidio? Así clamamos de tiempo en tiempo, voces indignadas. Oid el dictamen de letrados:

«La patria—asegura Montero—es Meco á quien matamos todos. Quien dice todos, dice ninguno. Nadie es culpable de este crimen; nadie de él inocente. Todos merecemos el presidio; todos estamos en la calle. La responsabilidad se disipa y desvanece en la inmensidad de los responsables. ¿Quién tirará la primera piedra? Todos pecamos por igual. El general que manda los ejércitos no es más responsable que el ranchero. La misma culpa corresponde en la catástrofe común al Presidente del Consejo que al mozo de mulas. Los que servimos con provecho á la política que trajo la *débacle*, no tenemos en ella más parte que los que sufrieron persecuciones por combatirla. Todos somos unos. Adelante y rueda la bola.»

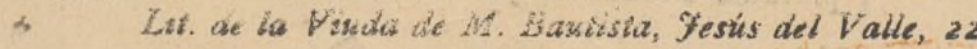
«Hay que ser muy parco—dice Silvela—en punto á exigir responsabilidades. ¿Quién al hombre del hombre hizo juez? Si hay alguien que esté aquí más culpado que otro, allá él con su conciencia se las haya; castíguele su pecado. Los contemporáneos no pueden juzgar con serenidad de juicio esos grandes delitos colectivos. Quede á la Historia el fallo inapelable y caiga sobre el delincuente la maldición de la posteridad.»

«El crimen procede de muy lejos—afirma Tetuán—. Las responsabilidades vienen arrastrándose á través de los siglos y se desvanecen en el tiempo. Sin remontarnos á la edad de las cavernas, yo entiendo que la República del 73 es la verdadera causante de que la restauración, después de un cuarto de siglo, nos haya hecho perder á Cuba y Filipinas. Es una opinión tan respetable como otra cualquiera, y aún más por ser mía. Harta prueba damos de nuestra magnanimidad, no llevando á presidio á Salmerón y á Pi y Margall al patíbulo.»

Y oídos los precedentes dictámenes, el eco imparcial de la opinión declara estéril todo debate relativo á responsabilidades. ¿A qué hablar de ello? No hay reo convicto y confeso. Unos á otros se echan el muerto. Si existieren delincuentes, no han de ser habidos. Si lo fueren, no han de ser penados. Sólo las revoluciones sacan en tales procesos el tanto de culpa, y aquí no ha habido revolución. Corramos, pues, un velo sobre lo pasado, y adelante con los faroles.

Razones son estas de peso, aunque poco usadas en el procedimiento criminal. Figurémonos que, en vez de ser la patria, fuese una mujer cualquiera la hallada una mañana en el arroyo, robada, violentada, expirante. ¿Dejaría de iniciarse el proceso á pretexto de que el criminal era una persona todavía desconocida é incierta? ¿Se suspenderían las actuaciones cuando los acusados, según suelen hacerlo siempre, se inculpasen recíprocamente? ¿Se declararía inocente al reo por virtud del hecho indudable de que todo delito es una concreción del ambiente de delincuencia que flota en el medio social y que en cada uno de ellos ha colaborado en cierto modo con el delincuente la sociedad entera? ¿Se eximiría de responsabilidad al acusado para cargarla íntegra sobre los siglos, la maldita herencia del pasado, el germen del delito que arranca de las nieblas prehistóricas y adquiere la plenitud de su potencia y desarrollo en la República española de 1873? ¿Abdicaría la Audiencia de lo criminal de sus funciones, en manos de la Historia, dejando á la posteridad, que no dispone de presidios ni cadalsos, de carceleros ni verdugos, e cuidado de juzgar y condenar á aquellos á quienes se les da una higa de que la posteridad les juzgue y les condene?

Se comprende que haya dos criterios, uno por el crimen político y otro por el crimen vulgar; pero no para que Astrea pese en balanza de precisión la culpa de los humildes y el delito de los poderosos en romana de carbonero. Al contrario. El crimen político, cuando es verdadero y auténtico, merece ser castigado con más inexorable severidad. Ese crimen es representativo. Implica siempre abuso de la confianza pública. Carece de todo atenuante. Tiene, por sus efectos, una transcendencia infinitamente superior á la de cualquier delito privado. Desde este punto de vista, comparado con



Ayuntamiento de Madrid

ciertos hombres *ilustres* que han exterminado á toda una generación, el calumniado Troppman, que sólo exterminó á una familia, es un angelito del cielo.

Si ese gran crimen queda impune, ¿á quién se va á castigar aquí? ¿Se castigará al que despoje, por aquellos que han ocasionado el despojo de la patria? ¿Se castigará al que deshonor, por los que nos han deshonrado? ¿Se castigará al que mate, por los que tienen sobre su conciencia millares de vidas? ¿Se castigará al falsario, por aquellos que nos engañaron? ¿Se castigará al que cometa imprudencia temeraria, por los que cometieron y nos hicieron cometer la más temeraria de las imprudencias? ¿No es evidente que los artículos del Código quedan ahogados desde el momento en que el país y la opinión sobreesan en el proceso de nuestra deshonra y nuestra ruina?

Un estado regido por grandes delincuentes carece de autoridad para castigar á los delincuentes chicos. Pues no existe la ley, seamos iguales todos delante de la Humanidad. La abolición del Código penal, es, sin duda, medida grave; pero que se impone en estas circunstancias, como precepto de equidad.

ALFREDO CALDERÓN.

ATOMOS

Por el balcón se arrojó
un loco harto de sufrir,
y poco antes de morir
de este modo díx que habló:
—Con satisfacción inmensa
miro mi cuerpo deshecho.
Sucumbe ante mi derecho
de legítima defensa.
¿Os reis? Yo he defendido
al alma de su verdugo.
Ya, cuerpo, rompí tu yugo.
¡Alma, al fin te he redimido!
Callóse el loco y á poco
la muerte se lo llevó.
Mas, cuando así discurrió,
¿tendría razón el loco?

El mundo es un taller donde trabajan
millones de operarios,
y donde aquellos que de nada sirven
son los que gozan de mayor salario.

J. SAMANIEGO L. DE CEGAMA.

LANZADAS

«¡Suene la trompa intrépida!...»

—Calla, Sancho, y no me estropees los oídos con tus músicas, que no parece sino que has heredado la voz de León y Castillo, embajador perpetuo y ex bufo parlamentario.

—Es, señor, que alegrarnos nos manda hoy el gran preboste, y por eso chilló y alboroto lo mismo que el duque de las Almenas en el Senado.

—¿Pues qué ocurre, Sancho, para que así te regocijes?

—¡Válame Dios y qué mal de memoria anda vuesa merced! ¿Pues no sabe qué fecha es hoy?

—Sí que lo sé y tres más, como diría el gracioso de la mayoría, señor marqués de Portago. Domingo, 11 de Febrero, San Jun Español, imbécil y mártir.

—Bueno. ¿Y qué más? ¿Qué fiesta se conmemora este día?

—Veamos el almanaque... ¡Ah, tienes razón, Sancho! 1873, proclamación de la República en España ¡Gran efeméride! Cantemos:

«¡Suene la trompa intrépida!...»

—¿Ve vuesa merced como yo soy también republicano á ratos, como Romero Robledo, y sé calarme el gorro frigio cuando llega la ocasión?

—¿Qué época aquella, Sancho, amigo, tan distinta á esta por que atravesamos! Entonces había opinión, había pueblo, había España... Y ahora...

—¡Vaya, llegó la hora de las lamentaciones! Señor, lo perdido perdido está, y tras aquel tiempo vino este, y tras este vendrá otro... peor. ¿Y qué le vamos á hacer, como diría Cánovas? No olvide vuesa merced aquella frase, que á mí me sabe á refrán: «Todo pueblo tiene el Gobierno que se merece». Y nosotros, por lo visto, nos hemos merecido á Cánovas, y después á Sagasta, y más tarde á Silvela y mañana, quizás, á Gamazo... Sarna con gusto no pica, y por eso observará vuesa merced cómo los españoles nos pasamos la vida sin apenas rascarnos.

—Razón tienes, Sancho, que hoy estás para acertar. No hay otros responsables de nuestras desdichas que nosotros mismos. ¡No tenemos ni aun siquiera el valor de rascarnos!

—Y después de todo, piense vuesa merced que no nos va tan mal como parece. ¿Que hemos perdido Cuba y Filipinas y Puerto Rico? ¡Para la falta que nos hacían! ¿Que nos han zurrado, además, los Estados Unidos? ¡También los boers están zurrando á los ingleses! Dejá engañese vuesa merced, que el que no se consuela es porque no quiere. Mal estamos; pero podíamos estar peor. Hay que ser condescendientes, como el marido del cuento, y conformarse con todo y transigir con todo.

—Sí, esa es la política que hace veintisiete años venimos haciendo los españoles, y así nos luce la ropa.

—Y lo que te rondará, morena! Pero en fin, señor, no agüe vuesa merced mi vino y déjeme que me regocije, en paz y en gracia de Dios. Váyase vuesa merced á lamentarse, á otra parte que yo quiero hoy divertirme y cantar:

«¡Suene la trompa intrépida!...»

GANTARES «SUI GENERIS»

No habrá picos ni azadones
en los pueblos ni en la villa;
pero, en cambio, habrá millones
metidos entre «comillas».

Serrana, no hagas alarde
de tus prendas personales,
que sé que eres más cobarde
que bastantes generales...
del tiempo de Calomarde.

En un cementerio, entré
y díje al sepulturero:
—¿Dónde enterraré á un cunero
que ha muerto diciendo *bes*?

Me encuentro bastante mal,
por desgracia, de la vista,
de correr tanto en la pista
y darle tanto al *Pidal*.

Es muy fácil de explicar
de un concejal la existencia:
chupar, hacer penitencia,
y luego... vuelta á chupar.

Me encaramé á un alto pino
por ver si la divisaba,
y vi á Sagasta, que estaba
con un traje de Merino.

Ya se acerca el Carnaval,
dijo Azcárraga á Gamazo,
y éste dijo: —¿Me disfrazo,
como usted, de general?

CARLOS M. SÁNCHEZ.

VIRGEN Y MARTIR

Hay días, en los cuales es el diablo quien toca la diana.

Por la mañana supimos, que el secretario de la Guerra había enviado una carta particular al jefe de Circunscripción, en la que decía, entre otras cosas:

«El emperador ha resuelto pasar por esa. Es necesario que antes de su visita se haya terminado todo lo pendiente. Ese Consejo de Guerra no hace nada.»

Todos guardamos la rabia en el fondo del corazón y asomamos una sonrisa á nuestros labios.

A la hora del almuerzo brindamos por el sepulcro, y Octavio improvisó un soneto, en el cual se despedía de su cabeza, que regalaba al general conquistador, á quien llamaba Anibal Coneme.

Sin embargo, nuestra alegría duró poco. A las dos de la tarde aún no había llegado Elena. Esto produjo la primera manifestación de tristeza. A las tres vinieron á mi cuarto el jefe Guerra y el subalterno Cebrián. Este último adoraba á Elena y había prometido formalmente casarse con ella en cuanto se viese libre. Los dos me comunicaron la alarma general. Yo recapacité largo rato y después salí á la galería del patio grande. Allí se estaban paseando el capitán de guardia y Moreno, el único médico que había en el Hospital, por parecer todos sospechosos á su eminencia. Yo estaba de uniforme, el capitán me saludó militarmente, y luego pareció avergonzarse de tal acción; le ofrecí un cigarro, y él, después de encenderlo, me dejó con el médico, despidiéndose cortésmente. Parece ser que el tal oficial era persona dignísima, con un solo error: creer firmemente que la disciplina militar es un bozal montado en una serrería.

Moreno empezó á hablarme con los dedos, mientras con la boca me decía cosas indiferentes. Había adquirido esta costumbre haciendo el amor á la célebre condesa de... cuyo marido era muy celoso.

Moreno y yo conversamos de esta manera, y después pasé por la habitación donde estaban reunidos mis camaradas: llamé al sargento Buitrago, y los dos entramos en mi alojamiento.

—¿Qué hay, D. Silverio?

—Tu hija está presa.

—¿Cómo?

—No te extrañe. Un día ú otro había de suceder. Tú también estás al socaire por sospechoso, y tu mujer está en El Fóculo: Elena debía seguir la suerte de sus padres.

—Pero es que quieren que hagamos una barbaridad. Pues yo por mi parte...

—A ti te pegarán cuatro tiros lo mismo que á mí y lo mismo que á todos.

—Pero esa niña...

—Esa, es necesario salvarla.

—¿Dónde está?

—Moreno la ha matado. Es decir, parece que está muerta.

—Pero, ¿de veras no ha muerto?

—Esta en un cuarto al lado del retén.

—¿Por la Virgen de la Caridad!

—Escucha, si quieres. Cuando venga el médico pondré yo que entre todos costeemos la caja y el entierro. Recaudaremos hasta seis duros y se los daremos á Moreno. A poco rato bajaremos reunidos á ver á Elena. Tú lloras cuanto te sea posible y gritas delante del ca-

daver: «¡Ay! hija mía, pronto estarás con tu madre. Quiera Dios que yo vaya en seguida á buscaros». Después de nuestra visita sabrá el Capitán general que estamos alborotados con motivo de la muerte de Elena y dispondrá que se entierre el cadáver antes que sea de día.

—Pero yo no puedo...

—Tú haces tu papel bien hecho, ó si no pierdes á tu hija.

Buitrago salió de mi habitación tartamudeando y tambaleándose como un beodo.

No puedo resistir la emoción que me produce el recuerdo de estos hechos. Así, pues, voy al final, sin detenerme en detalles.

Aquella noche me acompañaba en mi cuarto el sargento Buitrago. Habíamos apagado la luz; estábamos en silencio y fuíamos dormir. La puerta estaba entornada. A las tres, próximamente, oímos algún ruido en la planta baja del Hospital. Casi en seguida sentimos los pasos de alguno que subía la escalera. Estos pasos continuaron por la galería y llegaron á la puerta de nuestra habitación. Comprendimos que alguien entraba.

—¿Quién va?—dije yo.

No me contestaron; pero se sentía una respiración fatigosísima y ese castañeteo de dientes que produce el frío.

Me levanté de la cama y encendí luz. Buitrago se puso de pie al propio tiempo.

Al lado de la puerta estaba Cebrián, caído sobre la pared, restregándose fuertemente los ojos con las manos.

Yo le pregunté qué quería; pero no me contestó. Le di una palmada en el hombro, y entonces se incorporó y vino hacia mí con los ojos extraordinariamente abiertos, ocultando tras de la espalda sus puños contrahidos, y avanzando su cabeza y sus labios como si fuese á escupirme ó á besarme. Yo di un paso hacia atrás. Buitrago, á quien el subalterno no era simpático, cogió una silla con ademán de amenaza. En aquel momento, el capitán de guardia y algunos soldados entraron en la habitación. Cogieron á Cebrián y se marcharon, cerrando la puerta. Luego oímos la voz del capitán, que decía: «Sargento, ponga usted un vigilante en este corredor. Que haga fuego al preso que intente salir de su cuarto.»

¡Horrible noche aquella!

A las nueve de la mañana siguiente no pude contener mi ansiedad. Encargué á Buitrago que no se moviese de mi alojamiento, y abriendo la puerta salí á la galería; no había nadie. Me animé y bajé por la escalera al depósito donde habían puesto á Elena la tarde anterior. Llegué y vi á un mismo tiempo al capitán de guardia y á la muerta que aún seguía en la caja.

—Buenos días.

—Buenos...

—Pase usted, si gusta.

Me serené, y repuse:

—¿No la entierran?

—Sí, señor; dentro de un rato.

—¡Ah!

—Pero ahora está muerta de veras.

Me quedé espantado.

—Sí, señor. Anoche, aprovechando un descuido, entró Cebrián y la dió un beso. La muchacha gritó y Cebrián echó á correr.

—¡Dios mío! ¿Qué dice usted?

—Lo cierto. Cebrián se ha vuelto loco y Moreno está preso.

—Pero ¿y...?

—Fué trasladada á un cuarto seguro y allí se suicidó dándose un golpe en la nuca. Mire usted el vendaje.

Yo rompí á llorar y me acerqué al cadáver; cogí una de sus manos y la besé; pero, al soltarla, vi que sus uñas estaban llenas de sangre; reparé luego que su cara estaba arañada y amoratadas sus muñecas. Entonces fui hacia el capitán gritándole:

—Es usted un asesino cobarde.

—Mi coronel, dijo en voz baja, ningún soldado mata á traición. Eso es obra de un polizonte. Yo me debo callar y me callo.

Buitrago quedó persuadido de que Elena había muerto la tarde anterior y de que nuestro supuesto complot no tenía más objeto que prepararle para convencerse de su desgracia.

Algún tiempo después, me dijo en El Fóculo, donde estábamos emigrados:

—Si usted me hubiera dicho la verdad, hago un desatino.

—¡Locura! ¿Para qué sirven las vírgenes que conspiran y no se prostituyen?

SILVERIO LANZA.

Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12